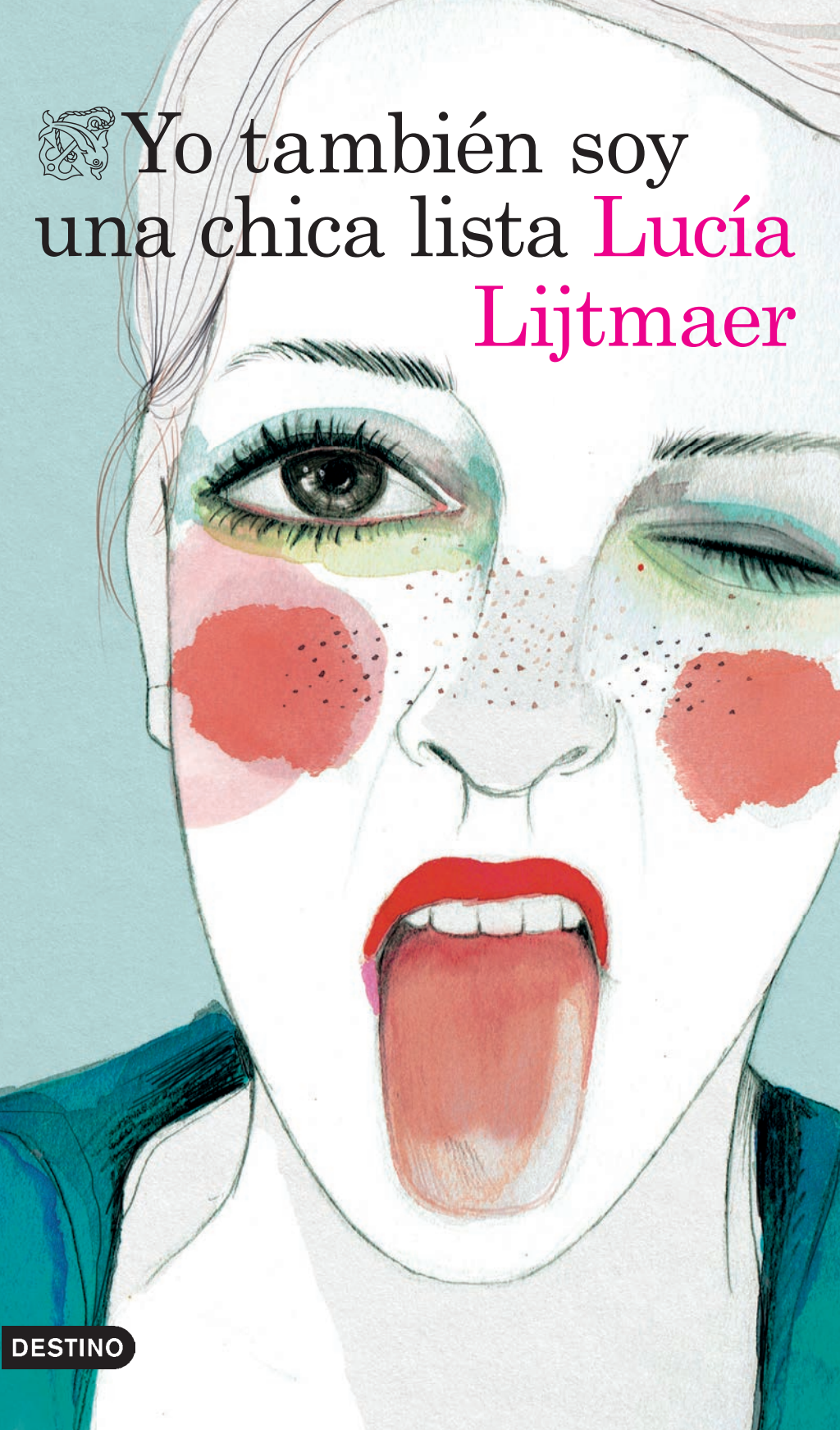
Yo también soy una chica lista

Lucía Lijtmaer



DESTINO

Yo también soy una chica lista

Lucía Lijtmaer

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1399

© Lucía Lijtmaer, 2017
Por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la adaptación de la maqueta de Áncora y Delfín: Antònia Arrom

Primera edición: mayo de 2017

ISBN: 978-84-233-5235-7
Depósito legal: B. 8.453-2017
Impreso por Cayfosa
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

De verdad,
yo no quería

Yo no iba a escribir sobre esto. Créeme, tenía cosas mejores que hacer que ser odiada. Mientras escribo estas palabras, todavía puedo oír algunas voces en mi cabeza.

«¿Y esta, cómo se atreve? Chica lista, dice. ¿Qué, ahora eres más lista que las demás? ¿Ahora tienes que diferenciar entre las listas y las no listas? ¿Te convierte eso en más inteligente? ¿En buena feminista? ¿En mejor mujer? ¿Quién eres tú para decirme cómo tengo que ser? ¿De dónde sale tanto adoctrinamiento y tanta mala hostia? ¿Cómo te atreves a representar a todas las mujeres?»

¿Ves? ¿Quién en su sano juicio lo haría? ¿Quién querría escribir sobre **LA COSA**? Yo tenía muchos planes apetecibles, como salir con mis amigas, aprender a hacer croquetas, cosas así. Pero a veces resulta muy difícil no escribir.

Aquí estoy. En primera persona. Me llamo Lucía, y escribo sobre «cosas de chicas». ¿Por qué? Porque me interesan. Ese es uno de los primeros temas que tengo que aclarar. Escribo sobre «cosas de chicas»

sin que haya, como espejo, «cosas de chicos». Escribo sobre series, humoristas, literatura, música..., y, sin embargo, siempre parecen ser «cosas de chicas». No me molesta, o al menos no siempre. Esa es una de las Cosas que Pasan: tus intereses y los de muchas otras personas se ven categorizados como «nicho».

Primero, antes de seguir: ¿de dónde salen todas esas preguntas agresivas del principio y por qué tienen ese tono? Ese que grita puede pasar y sentarse, tenemos galletitas y café. Pero antes de nada, ¿por qué hablarme así? ¿Cuándo nos acostumbramos a esa agresividad? Ya sé, me suena: esas frases son una muestra de lo que se encuentra una persona que escribe sobre mujeres desde una posición reivindicativa (sí, **LA COSA**). No hay escapatoria: si escribes sobre eso, te van a freír en la Sartén de la Representación.

Ya estamos con los conceptos. No importa, este me lo acabo de inventar: la Sartén de la Representación no es otra cosa que el instrumento usado por los medios de comunicación y por el *statu quo* para cuestionar el hecho de que escribas sobre mujeres y sus derechos desde una perspectiva no académica e incluso divertida. Se enmascaran como preguntas pero no lo son; están destinadas a derribar tus argumentos por pura insistencia. Y a freírte.

Sí, perdón, no quería extenderme en eso. Lo cierto es que yo tenía mejores planes que ponerme a contar por qué hay cosas que están peor para una mitad de la población que para la otra, entre otras razones porque ya lo había dicho mucha gente antes que yo. Esa es otra de las Cosas que Pasan: ya

lo hemos dicho muchas veces, pero no cala. Hay mucha gente haciéndose la sorda, ¿eh?

Frente a esas Cosas que Pasan cuando reivindicamos un espacio a veces me resigno y me encojo de hombros, en otras ocasiones escribo.

Con el tiempo, una pregunta se hizo recurrente: ¿por qué me encojo de hombros?

Y empecé a pensar en las demás mujeres. Pensé en las cosas que nos pasaban. Pensé en quién leía lo que yo escribía y pensé en esa lectora.

Por ejemplo: es posible que, como mujer, un día te despiertes y todo haya cambiado. Puede ser que al principio no lo notes demasiado. Todo tiene el mismo color que el día anterior, el café sabe igual, tu jefe sigue pidiéndote que trabajes más y no llegas a fin de mes. Pero algo ha cambiado. ¿En qué lo notas, eh, compañera?, te preguntarás, quizás en voz alta. Y yo te diré, oh, querida hermana, desde este prólogo: en la nitidez de lo que nos rodea, en que las miradas de suspicacia son evidentes, en que lo tienes escrito delante de tus narices, como un cartel de neón que parpadea. Te has dado cuenta de **TODO**. Vives en un sistema injusto para la mitad de la población y comienzas a notarlo ya sea sutilmente («¿has cogido peso?») o en consecuencias más serias («si vas a ser madre en el próximo año es mejor que hablemos con Recursos Humanos»). A esto lo podemos llamar, por ejemplo, el Día del Golpe en la Cabeza. En cuanto lo hables con alguna amiga, verás que es posible que le haya pasado lo mismo. Ella también se lo dio. Recuerda la fecha, se compró una plaquita para conmemorarlo y todo.

Te sorprenderías de las cosas que las mujeres no comparten por miedo a parecer Malditas Locas.

Bienvenida al mundo real..., Neo, o, más bien, Nea. Has estado viviendo en la Matrix de injusticia social diseñada durante siglos y acabas de despertar. ¿Quieres la pastillita roja o la azul? Si eliges la roja, te esperan una vida de aventuras insospechadas con compañeras divertidas y rebeldes y algún que otro troll internauta fascistoide que probablemente se hará pajas sobre tu foto de perfil en las redes sociales. Si eliges la azul puedes volver a tu cómodo y feliz mundo en el que las luchas contra la desigualdad son asuntos de tipas gritonas e insatisfechas que dan la brasa porque les dejó el novio allá por los años setenta y no pudieron superarlo. Créeme, la pastillita azul parece que mola. Nadie te va a mirar mal por tomarla (bueno, un poco **SÍ**), pero el escarnio pasa enseguida, como pasa el dolor de la depilación integral —y no, insisto, esto no va tampoco de juzgarte por depilarte, ven con nosotras al lado oscuro de la fuerza.

Lo que leerás aquí va sobre cómo el sistema está diseñado para maquillar esas injusticias con tonos pastel y no ofrecerte las herramientas necesarias para detectarlas. Sobre compartir la sensación de incredulidad que genera darte cuenta de que, cuando miras a tu alrededor, muchas veces este no es el mejor mundo posible y a mucha gente parece no importarle. Y también va un poco sobre Gwyneth Paltrow y su corte de Madres Buenorras Perfectas.

¿Y qué tiene que ver una rubia famosa de Hollywood con todo esto? El capítulo 8 explica por qué

cierta idea de maternidad es inalcanzable, pero también explica cosas sobre mí.

Cuando comencé a escribir, allá a finales de los noventa, resultaba mucho más fácil hacerlo centrándome en la cultura pop. Si eras chica y sabías deletrear el abecedario, te resultaba mucho más sencillo analizar el *mainstream* que hacer muchas otras cosas. Al fin y al cabo el pop era de chicas, ¿verdad? Como para poder escribir lo más importante era leer, leí mucho y de manera variada. Y, de repente, todo tuvo más sentido: ¿qué mejor forma de adentrarse en la cultura que haciéndolo desde la risa? ¿Y si eso, además, nos hiciera pensar un poco? ¿Qué nos dice la cultura de masas sobre nosotros mismos y, especialmente, sobre las mujeres?

En todos estos años encontré un ejemplo que se repite. Una chica famosa que ejerce su derecho a la libertad de expresión y voto, viste con ropas ajustadas y molonas, se tatúa, se tiñe el pelo, reivindica su libertad sexual —acostarse con quien quiera mientras no haga daño (o sí, mientras use una palabra de seguridad)— y se queja en la prensa de que vive en un mundo donde no cobra lo mismo que los hombres y sus acciones son examinadas con lupa simplemente porque es mujer. Y, entonces, ojo ahí, es cuando ocurre lo siguiente. Sea el medio de comunicación que sea, siempre les hacen una pregunta:

—Entonces, querida X, ¿tú te declaras feminista?

Y entonces X entorna los ojos, agita el flequillo, pisa fuerte sobre los tacones de quince centímetros y contesta con rapidez: «¡No, no! Yo estoy a favor de la igualdad, no soy feminista».

Pues bien, este libro quiere explicar —sin culpar a X— que X es feminista por el mero hecho de reivindicar un espacio propio. Quiere explicar de manera cotidiana e informal que la estrategia hasta ahora ha sido silenciar la palabra «feminista» y sustituirla por cualquier otro eufemismo para no dar miedo, para no enfrentarnos a la realidad.

Este libro quiere funcionar como un manual divertido y ameno de reconocimiento para todas aquellas y todos aquellos que quieran una alternativa honesta ante situaciones complejas. Y, cómo no, un espacio en el que, por pura comparación, podamos decir: ¡esto **TAMBIÉN** me ha pasado!, y al decirlo no caigamos en el error de creer que solo me pasa a mí, solo te pasa a ti, solo le pasa a ella.

Este libro quiere encontrar la razón por la que las películas siempre tienen un final feliz con matrimonio, quiere ayudarte a leer una revista femenina sin acabar con daños cerebrales permanentes, y quiere enseñarte cómo hacer ejercicios de proyección astral para evitar la imagen de LVLQHCSG (La Vieja Loca Que Habla Con Sus Gatos) cuando no tienes pareja. Porque todas estas situaciones no son casuales, sino que están diseñadas para mantenerte en el lugar en el que estás.

Todas estas situaciones son las que me hacen, a veces, encoger los hombros. Quizás va siendo hora de señalarlas y partirnos de risa. Quizás esa no sea una mala forma de empezar a cambiar las cosas, después de todo.

Como decía, a veces me encojo de hombros. Y otras veces escribo. Pasa y lee, que hay galletitas.

1

Cuando nos dimos el Golpe en la Cabeza: estremecedores testimonios reales

Antes
del Golpe

Yo pensaba que eran unas pesadas. Cuando lo pienso ahora, y me refiero a pensarlo de verdad, me da muchísima vergüenza e intento apartarlo de mi cabeza. ¿Las feministas? Unas pesadas de la hostia, unas tías siempre con la bandera lila, en marchas rancias setenteras que no dejaban lugar a cosas más divertidas o más urgentes o más **ALGO**.

Y tenía sentido, en cierto modo. No quiero decir que aquello que pensaba estuviera **BIEN** ni mucho menos, pero tenía sentido: es lo que nos enseña el discurso generalizado en relación a las defensoras de los derechos de la mujer. Si se trata de estereotipos, ahí están todos: viejas, rancias, quejicas y retrógradas. Y lo de viejas ya lo he dicho, ¿verdad?

Se acusa al feminismo de haberse vendido mal, pero esa es otra de las concepciones absurdas que compramos por defecto. No se ha vendido mal, simplemente no se ha dejado que cale como debería. Si en las revistas de belleza se invirtiera la misma cantidad de espacio en explicar cómo defender la igualdad de salario que la

invertida en explicar cómo mantener hidratado el pelo, la vida sería otra, o, al menos, nosotras seríamos otras.

Pero estoy divagando: yo pensaba que eran unas pesadas, hasta que unos compañeros me hicieron callar en una reunión de trabajo. Lo confieso, no es la mejor anécdota, no es la más divertida, tampoco es la más humillante. Ha habido otras, pero para entonces yo ya había cambiado el chip; como aquí especifico, yo ya me había dado el Golpe en la Cabeza.

Hubo otras ocasiones después, claro que las hubo. Está la del tipo que me dijo delante de otros periodistas que si me habían crecido las tetas. Está la del tipo que me intentó tocar el culo durante un cóctel. La del tipo que cobra más por hacer la mitad del trabajo. Pero, insisto, esas vinieron después. La que hizo que saltaran las alarmas fue el simple ssshhh de un tío en una reunión para que otro tío dijera lo mismo que iba a decir yo. Bueno, eso y que me indicaron dónde sentarme. De repente, fue como si me hubiera caído encima un jarro de agua fría. No se trataba de una Rancia Empresa Neoliberal, ¿eh? No nos pensemos. Era el círculo habitual de un *freelance* de los que antes se llamaban gafapastas y que aquí simplemente consideraremos modernos.

Ahí estábamos todos, compartiendo mesa en una reunión distendida, preparando un programa divertido de radio con chicos modernos —yo era la única chica—, y no dije nada porque no hacía falta que dijera nada, ya lo decían todo ellos.

Estuve a punto de tocarme los brazos y las piernas, porque ni siquiera los sentía. ¡Pero si éramos todos guais! ¡Si llevábamos ropa de segunda mano,

leíamos sociología, votábamos izquierda! ¿Por qué me había hecho callar mi compañero de trabajo? Y, lo que es peor, ¿por qué los demás lo toleraban? Lo juro, en ese momento, en aquel bar cutre del centro de Barcelona, tuve visión túnel. Los que han fumado muchos porros saben lo que se siente: todo desaparece menos un punto, del que no puedes apartar la vista. En mi caso era una croqueta fría. Y así me sentía, igual que una croqueta fría y blandurria, allí estaba yo, con mucho que decir pero desinflándome por la desidia.

Ese fue el momento en el que todo cambió. Ahí fue cuando me di el Golpe, solo que aún no lo había identificado. Tras el desinfle vino la rabia pura y caliente, como el centro de una llama azul de butano. ¿Cómo se atrevía a hacerme callar? Al principio no fui capaz de compartirlo, pensé que era solo una cuestión paranoica de falta de autoestima. Después he comprobado que esto último es algo bastante común: ante un ataque, primero te echas la culpa. Así que debía ser culpa mía.

No fue hasta bastante tiempo después que lo compartí con una amiga, que alzó la ceja:

—¿Qué quieres decir con que te han mandado callar? ¿Como un profesor en clase de mates?

¡Exacto!, pensé yo. ¡Exactamente eso! Y me di cuenta desde dentro de mi estómago que ese día había pasado algo muy, muy malo. Aun así, cuando empecé a quejarme, no consideraba que fuera feminista aún. Tal era mi negación a colocarme en un bando en el que en el fondo ya estaba. Me engañé pensando que solamente estaba ejerciendo mi derecho a la libertad

de expresión individual. ¿Qué tenía que ver eso con las señoras de las manifestaciones y el sobaco peludo?

Todo. Tardé un poco más de tiempo en entender que las cosas que me interesaban a mí, las cosas que le interesaban a mucha otra gente —lecturas, cine, humor—, tenían una tradición, y esa tradición era el feminismo. Que reivindicar derechos —el voto, la educación, la igualdad salarial— estaba detrás de todas esas cosas que me gustaban. Y cuando me di cuenta de todo eso **A LA VEZ**, fue como abrir un mundo nuevo.

Lo que vas a leer a continuación son ejemplos de lo que les pasa a muchas. Un cambio, un destello de desigualdad, una bofetada en la conciencia. El momento en el que te haces cargo de que hay algo que te diferencia de la otra mitad de la población, y que ese algo es tu condición de mujer. Algo que te hace menos válida. Algo que te hace callar y bajar la voz al principio, y más adelante levantarla: ¿Por qué no puedo hablar? ¿Por qué me tienen que acompañar a casa de noche? Y, sobre todo, ¿por qué todo esto es injusto y nadie lo dice?

No siempre es de la misma manera, los relatos de iniciación es lo que tienen, que son variados y en su diversidad está su riqueza. En ocasiones no es una única vez, sino una serie de veces, como una especie de goteo permanente. Otras, como el despertar de un coma. Aquí han sido bautizados como «el Golpe en la Cabeza», porque de esa violencia humorística extraemos la idea: hay un antes y un después, **AG** (antes

del Golpe) y **DG** (después del Golpe). Una vez que eres consciente de que hay quien te dice que eso no lo puedes hacer, que eso no está bien, solamente por ser mujer, ¿cómo volver atrás?

Desde entonces han pasado muchas cosas. Cada golpecito es una apertura de ojos cada vez más grande, cada vez más evidente. Y junto a los golpecitos —o golpetazos— hay también fiestas, diversión, manifestaciones, amistad. Ahora mismo, no veo la hora de ser vieja y seguir yendo a manifestaciones. Las modernas feministas de hoy somos las feministas viejas y gritonas de mañana, y eso es una suerte. ¿Sabes por qué? Mucho mejor ser vieja y reivindicativa que una croqueta fría y blandurria. Eso sí que nunca más.